

# UN BARRIO EN GOICOECHEA



Vista general de la entrada principal al barrio hace sesenta años (dirección este-oeste).

Con límites muy claramente delineados, nuestro pequeño barrio se distinguía como un particular sitio ubicado entre el río Torres al sur, la vía principal hacia Guadalupe por el este, la calle de San Francisco por el norte y la cuesta hacia el río Torres por el oeste. En síntesis, un hermoso “enclave” en el distrito de San Francisco, cantón de Goicoechea. La pulpería de *Mel*, el Asilo de Ancianos Carlos María Ulloa, mismo nombre del barrio, el puente de los Incurables, la cantina El Dominante o la carnicería de *Toño*, lo mismo que la barbería Morales y el puente de hamaca, eran sitios muy familiares y de uso frecuente a la hora de ofrecer direcciones.

En esos cuatrocientos metros discurrió nuestra niñez y parte importante de la adolescencia. Sus calles polvorientas fueron testigos de nuestros juegos, y la acequia que lo cruzaba del ingenio a la hora de construir pintorescos y ocurentes “lanchas y barcos”, que nos permitían soñar.

En aquellas edades, nada nos hacía falta en ese escenario que era nuestro mundo. Las mejengas en el Cerquillo, el potrero de los Blanquillo o donde Aguirre eran eternas, sobre todo los sábados y los domingos. Sabíamos siempre a qué hora iniciaba y el número de integrantes de cada equipo, lo que siempre fue un enigma era la hora del final y los que terminaban cada juego.

Muchas veces el partido se trasladaba a las calles, en donde el encuentro se complicaba cuando alguna bola iba directo a los cristales de alguna de nuestras propias casas. Generalmente, allí acababa la fiesta deportiva.

Los pinos ubicados frente a la casa de los Valerio, con su sombra, nos cobijaban para que, en los calurosos días de verano, nos dedicáramos a jugar *bolas de vidrio, trompo, bolsillo* o las famosas *chócolas*.

## **Manuel Emilio Morales B.**

Periodista con más de cuatro décadas de ejercicio profesional. Ha colaborado con medios de comunicación nacionales tanto escritos, como para radio y televisión. Coordinador de Noticias de Radio Universidad de Costa Rica. manuel.morales@ucr.ac.cr

Los juegos de *escondido*, *puro*, *quedó* y *mecate* junto a nuestros hermanos, hermanas y amigos, se desarrollaban en el centro del barrio. *Salva la banca* o *el tarro*, eran otros de nuestros preferidos.

A riesgo de caer en imprecisiones, me atrevo a recordar a algunas de las familias quienes habitaban esa cruz geográfica en que vivimos tantas experiencias enriquecedoras las cuales nos formaron como seres humanos.

Hacia el norte: los Sagot, Carrasquilla, Rojas, Quesada, Conejo, Sánchez, Villalobos y Segura. Al sur, los Fernández-Castro, Freeman, Amador, Barrantes, Ulloa, Bonilla, Loaiza, Bolaños, Ortiz, Ledezma, Coronado, Delgado, Gamboa, Vargas, Chacón; en dirección oeste, los Arguedas, García, Saénz, Alvarado, Valerín, Acuña, Dennis, Marín, Innecken, Paniagua, Aguilar, Jiménez y Ramírez, y por último, al este, los Morales, Arévalo, Poltronieri, Bejarano, Aguirre, Blanco, Gamboa, Matorros, y Francis, entre otros.

## Mención especial merecen personajes del querido barrio

Melchor quien, con un marcado acento jamaíquino, con paciencia nos vendía lo mismo carao, cocos o bananos. Con su escaso español era difícil ponerse de acuerdo con aquel negro bonachón, por ello, generalmente, terminábamos entendiéndonos por señas.

Amado, el paternal panadero que se ganó el cariño de todos los niños y los jóvenes. Durante las madrugadas depositaba en nuestras casas el pan fresco, para luego, en las tertulias, convertirse en el más afanoso defensor de su querido C. S. Herediano y, hasta en algún momento, medio entrenador de nuestro equipo de fútbol.

*Piyino*, quien lleva por nombre Ángel, representó para nosotros el vecino simpático, dicharachero, sencillo, colaborador y servicial. De intermitente presencia en el barrio, luego de algunos años de ausencia, decidió afincarse por medio de una pulpería en el pleno corazón de la barriada.

Édgar, el policía, fue siempre un hombre enigmático. Serio, tímido, aislado del resto de los vecinos, admirador de los grandes clásicos de la música. Noche a noche era costumbre escuchar a todo volumen, en su casa, las mejores composiciones de Brahms, Beethoveen, Liszt, Wagner, Mozart y Chopin, entre otros.

Miembro de la desaparecida Policía Militar (**P.M**), su figura de cerca de un metro noventa impresionaba cuando vestía el uniforme de esa compañía de la Guardia Civil. Era de poco hablar, de un saludo rutinario no pasaba.

Sin embargo, el personaje de marras se transformaba de forma sorprendentemente cuando, al menos una vez al año, ingería licor. El cambio era radical. Aquel hombre ausente y callado, provocaba serios escándalos poniendo en riesgo la integridad de su propia madre y una tía.



De norte a sur un conjunto de viviendas. En el extremo derecho uno de los sitios preferidos de reunión de niños y jóvenes. Foto: J. Javier Morales.

La ingesta alcohólica se prolongaba siempre por más de una o dos semanas, período en que el barrio cambiaba su ritmo. Los niños vivíamos atemorizados ya que nos perseguía, lo mismo que a las mujeres.

La situación llegaba a tal extremo, que era necesario que sus propios compañeros de trabajo de la P.M., a ruego de su progenitora, lo trasladaban en patrulla hasta las instalaciones de la Detención General, ubicadas en Cuesta Núñez en la capital.

Pero si de recuerdos se trata, una imagen que no se me olvidará es la de *Bucho*, el panadero. La mayoría de las veces descalzo y, en algunas, con caites, tarde a tarde recorría nuestras calles con aquella hermosa canasta llena de panes y olores.

De mediana estatura, fuerte complexión y de limpias ropas, caminaba desde el barrio la California hasta el nuestro. Cerca de las dos o tres de la tarde era obligado observarlo de puerta en puerta ofreciendo las manos de pan, acemitas, galletas, ilustrados, bizcotelas, pan dulce o salado.

La interesada compañía que los chiquillos le hacíamos durante su recorrido tenía una deliciosa recompensa. Al terminar sus ventas, nos repartía las galletas que se habían quebrado. La rutina se repetía, mientras que, en algunos casos, nos contaba alguna anécdota sin desprenderse del eterno puro o del tabaco que mascaba.

Su enorme canasta, en diferentes oportunidades, le jugó malas pasadas, incluso, en una ocasión, frente al antiguo cine California, fue embestido por el tren. Por fortuna, luego se recuperó y regresó a su quehacer cotidiano.

La querida y robusta Berenice también forma parte de nuestra niñez. Sus cajetas, cocadas y conservas siempre nos deleitaron. Con su pañuelo anudado sobre el cabello, un delantal que sobresalía por su limpieza, permanecía largas horas frente al horno y su cocina.

Como ejemplo de hija, no dejó un solo instante a su enferma madre, doña Francis, quien padecía de serios problemas para movilizarse. Siempre activa, era común observarla corriendo de un sitio a otro para cumplir con sus responsabilidades y con los pedidos de sus productos. Su gruesa figura no pasaba desapercibida tampoco.

El canónigo Antonio Forn, para nosotros el padre Forn, venido de España, además de ser el sacerdote del Asilo de los Incurables y designado por su cultura y atestados como canciller de la Curia Metropolitana, había instalado su residencia en la confluencia de las cuatro esquinas del barrio. Hombre bueno y dispuesto a la colaboración permanente, contaba con el concurso de dos importantes colaboradoras, Hilda y Claudia, quienes también se integraron pronto al quehacer del entorno.

Doña *Cavita* Castro, elegante, llena de simpatía, mostraba buen garbo pese a su pequeña estatura. Propietaria de la tienda *Reviens*, en los bajos del Gran Hotel Costa Rica, en la Avenida Central en San José, era una mujer de gran sensibilidad y protectora de nuestros proyectos.

Su espíritu de colaboración siempre estuvo presente ante cuanta petición se le hacía, tanto para obras comunales, problemas económicos de algunos vecinos e, incluso, colaboró decididamente para nuestro primer uniforme del once que formamos y que, como agradecimiento, llevó el nombre de su tienda. Estamos seguros de que con nuestro rendimiento deportivo no la defraudamos.

Don Manuel García era algo así como el dueño del "cine del barrio". Una vez cada quince días, al caer la tarde, nos ofrecía una película en el garaje de su casa. De origen boliviano y de hablar pausado, disfrutaba junto a doña Elsa y a sus hijos, ver a la pequeña huelga con sus ojos fijos sobre la sábana que servía de pantalla.

Propietario de una pequeña fábrica de sombreros y gorras, se esforzaba por tratar de ofrecernos alguna variedad; sin embargo, la cinta *Tarzán, el Hombre Mono*, confieso que la vimos más de treinta veces.

Los granizados de Claribel también nos llamaban a cita los fines de semana. Esta alegre mujer se esmeraba en ofrecernos deliciosos postres con leche en polvo. Junto a esta venta casual, se encontraba la zapatería de Raúl y Chibeto, en donde muchos llegábamos a travesear y a jugar con las hormas en las que majábamos las suelas mojadas.

Se me quedaba en el tintero el recuerdo del policía de ronda quien siempre echaba a perder la mejenga. Apenas asomaba, ya fuera por la esquina de Mel o por la de la casa de los Sojo, había que esconder la bola y, en muchos casos, buscar refugio en nuestras casas para evitar una regañada del servidor del orden.

Era firme en el cumplimiento de su deber y no permitía que se violaran las reglas establecidas. De modales pocos finos se mostraba orgulloso del uniforme que portaba.

Por su escasa estatura e insistencia en evitar que jugáramos en las calles, su presencia empezó a incomodarnos a tal punto que pronto apareció un apodo, “tapón de chilera”.

Aún tengo presente el día en que algunos de nuestros compañeros de huelga esperaron al humilde policía hasta que llegara a cumplir con su tarea. De inmediato, empezaron a pasarse el balón mientras que el policía corría de un lado para otro de la calle con cara de furia mientras lanzaba órdenes que no eran atendidas. “Hasta un túnel le hice”, comentaba después uno de los irreverentes amigos.

Esa aventura produjo que el guarda fuera a quejarse y a advertir a varios de los padres de familia sobre la falta de respeto de los chiquillos. Estoy seguro de que a más de uno le costó una fuerte llamada de atención de sus progenitores.

El Asilo Carlos María Ulloa, dedicado a la atención de los ancianos, tiene un especial significado. Prácticamente, todos colaboramos con el Padre Forn en calidad de monaguillos. En este ejercicio disfrutamos el fortalecimiento de nuestra fe y logramos admirar la pasión y entrega que las hermanas de la Caridad de Santa Ana han puesto, durante muchas décadas, en este apostolado.

Asimismo, la finca del Asilo fue escenario de nuestros recorridos para obtener furtivamente naranjas, mangos, guayabas, chayotes, tacacos y jocotes. También, para observar, los jueves a las seis de la tarde, algunas películas que les ofrecían a los viejitos. Cabe señalar que pese a nuestra condición de monaguillos, debíamos burlar la vigilancia del guarda Emilio, para poder llegar al salón de proyecciones, ya que estas eran “exclusivamente para los internos”.

De los amigos que logramos cultivar en ese centro de atención, el tartamudeo de Clemente me acongojaba cuando trataba de darse a explicar, mientras que el ciego de



Capilla del Asilo Carlos María Ulloa, declarada Patrimonio Arquitectónico. En su interior se encuentran obras de 1897 de Paolo Serra, artista italiano que realizó importantes pinturas para el Teatro Nacional. Foto: J. Javier Morales.

pequeña figura, quien tocaba las campanas de la capilla del hospicio, me impresionaba por su facilidad para desplazarse por las instalaciones.

Pero de toda esta experiencia de acólito, una en particular aún tengo vívidamente presente, como una mezcla de travesura y pesadumbre, las carreras que realizábamos los amigos con los pacientes en sillas de ruedas. Los largos corredores nos servían como pista para demostrar nuestras habilidades como conductores. Hoy, con el paso del tiempo, me cuesta perdonarme aquellos atrevimientos llenos de serios riesgos. Afortunadamente, en ningún momento ocurrió un accidente, ya que tal situación hubiese sido lamentable.

La Junta Progresista del barrio fue timbre de orgullo para nuestros padres. José Innecken, Manuel Valerio, Jorge Carrasquilla, Hugo Poltronieri, Edwin Ortiz y Manuel Morales, que recuerde, formaban parte de esta. La cita semanal que los reunía era una verdadera tertulia la cual iba más allá de los problemas locales.

La pavimentación de las calles fue un esfuerzo enorme de este grupo de trabajo y una decisión que cambió la cara del barrio. Aún tengo presente la imagen del vehículo tipo regadera que rociaba el petróleo sobre la base de la calzada. La iluminación pública y la construcción de algunas aceras y cordones de caño, también formó parte de su permanente trabajo.

Pero no todo era alegría, ya que, como niños inquietos, jugábamos sobre el petróleo fresco, lo que se traducía en nuestras casas en pisos manchados, lo que, además de una buena reprimenda, obligaba a las madres a un arduo trabajo para mantenerlos limpios. La llegada de los medidores de agua también fue otra de las novedades.



En este cúmulo de recuerdos, las celebraciones de la Semana Santa reclamaba el concurso de niños, jóvenes y adultos. Era, si se quiere, una convocatoria automática.

Encabezados por Mario Loaiza, existía un gran compromiso en construir los altares de la mejor manera. Desde horas tempranas de la madrugada, tres o cuatro de la mañana, brocha y lata de cal en mano pintábamos las calles, las cuales adornábamos, también, con flores y palmeras.

Las estaciones de la Pasión comprometían nuestros mayores esfuerzos. Sin falsa modestia, debemos concluir que eran hermosas y llenas de color y creatividad. El comentario de los vecinos de barrios cercanos alimentaba nuestro orgullo.

Allí, además, aparecían vestidas de ángeles con caras de cielo y pequeñas sonrisas nuestras hermanas y amigas. Este mismo ritual se repetía durante la celebración del *Corpus Christi*.

Mención aparte merece en este relato nuestro equipo de fútbol, el querido Reviens. De las mejengas de la calle decidimos pasar a una actividad deportiva más formal, para lo que no tuvimos que hacer mucho esfuerzo. Siempre quisimos tener una organización y esta era la gran oportunidad.

Los jugadores estábamos, los deseos sobaban, pero los recursos eran escasos. Ante el dilema de contar con un uniforme y los implementos necesarios para iniciar el proyecto, surgió la figura filantrópica de doña *Cavita*.

Una breve conversación y la mayor parte del problema económico estaba resuelto. Su donación de una esclava imitación oro viejo nos permitió, mediante una rifa, reunir prácticamente todo el dinero para aquellas primeras camisetas blancas de punto con una "R" sobre el pecho y números negros en la espalda, junto con pantaloneta y medias también negras que completaban el uniforme.

A partir de allí, el Reviens fue la pasión de todos los jóvenes y de nuestras familias. Los campeonatos en Calle Blancos y el Tajo, en San Francisco, las excursiones a Turrialba, Acosta, Guanacaste y a diferentes cantones de Alajuela y Heredia y los encuentros de noche, se convirtieron en nuestra principal preocupación. Las rifas para la compra de balones e implementos empezaron a brindarnos un respiro, también, para la inscripción en los torneos en que participábamos.

Fueron muchos los momentos felices, toda vez, que empezamos a ganarnos un importante prestigio en canchas abiertas. Se constituyó un conjunto de respeto.

Gerardo Jiménez, Juvenal Valerín, Manuel Emilio Morales, Rónald Bolaños, Everardo y Héctor Arévalo, Gerardo Arguedas, Rodolfo Aguilar, Gerardo Conejo, Luis Ramírez, Paúl y Boris Paniagua, Hugo y Rizzieri Poltronieri, Sergio Palomo, Eduardo Saézn, Fernando Vargas, integramos el primer equipo.

La lista de quienes también nos acompañaron como jugadores en esta odisea de más de diez años es extensa, pero vale la pena citar algunos: los hermanos Édgar, *Cholo* y el *Negro* Marín, Dónald García, los hermanos venidos de Turrialba: Mario, Arnoldo y Guillermo Hernández, Misael Alvarado, Julio y Fernando Bonilla, Alejandro Granados (Betancourt), Álvaro Ramírez (El *Negro*), Miguel Calderón, Antonio Bonilla (*Tony*), Rodolfo Ramírez (*Caribe*), *Mincho*, Mario Quesada.

También es oportuno recordar a nuestros directores técnicos: Marcos Sánchez, Fernando Chinchilla, Amado Vargas, *Chino* Arguedas pero, en la mayoría de los casos, el equipo se "armaba" de consenso entre los propios jugadores, la famosa "argolla", que algunos criticaban.

Dos historias llaman la atención a lo largo de la existencia del Reviens. Lo ocurrido en la plaza de Juan Viñas, en donde fuimos invitados a jugar contra el conjunto local, invicto, en aquel entonces, durante los dos últimos años.

Luego de los primeros 45 minutos, ganábamos 2-0, situación que no hacía muy felices ni a los adversarios ni a los asistentes al encuentro que, por cierto, rodeaban completamente el terreno de juego. Inició el segundo tiempo y continuamos dominando las acciones. Vinieron dos nuevos goles a nuestro favor y uno de los contrincantes, pero el tiempo empezó a acabarse, la derrota de los azucareros estaba escrita y el trago era amargo.

Un saque de banda pocos minutos antes de finalizar fue la acción que prendió la mecha. Un compañero nuestro fue agredido, lo que provocó que los pocos vecinos, quienes nos acompañaban, se lanzaran en su protección, lo mismo que algunos de nosotros.

Aquello fue Troya, ya que la escaramuza se extendió por todo el campo de juego y en donde intervinimos todos. Obviamente, estábamos en clara desventaja por lo que no hubo más salida que refugiarnos en el autobús de la excursión y trasladarnos de inmediato hasta Turrialba, donde en el río del mismo nombre terminamos bañándonos.

La tensión había subido a tal punto que tuvimos que permanecer en aquella ciudad hasta horas avanzadas de la tarde con el fin de pasar por Juan Viñas cuando la noche

empezaba a caer. Teníamos temor de alguna revancha, situación que afortunadamente no sucedió. Esta fue la última vez que jugamos en ese hermoso cantón cartaginés.

La otra anécdota fue la invitación que recibimos para jugar un encuentro como parte de las celebraciones patronales en Cartagena, Guanacaste.

La amabilidad de los anfitriones fue extraordinaria desde nuestra llegada. Atenciones a más no haber. La noche del sábado fuimos los invitados especiales al baile de coronación de la reina de las festividades, una actividad que parecía no tener fin y, lógicamente, los ojos de los organizadores estaban puestos en los integrantes del equipo visitante, mientras nosotros nos sentíamos particularmente halagados.

La fiesta concluyó cerca de las dos de la mañana, con todo lo que aquello implicaba para enfrentar un partido el día siguiente al mediodía. Debo anotar que hubo algunos excesos en cuanto al cortejo de las hermosas guanacastecas, comidas y bebidas.

El domingo a las siete de la mañana estábamos en pie desayunando. Los efectos de una noche de fuerte bohemia afectaron a más de uno, lo que preocupaba por el compromiso que nos esperaba. Mucha agua y para algunos un par de horas más de sueño fue la receta.

A las doce mediodía, cuando el sol caía casi perpendicularmente en la pampa, arrancó el partido a plaza llena. Pasados los primeros 15 minutos nos dimos cuenta de la desventaja en la que estábamos. Los integrantes del once opositor corrían y mantenían gran vitalidad, no hay duda, estaban en su patio y con las ventajas del tiempo a su favor. Mientras tanto, nosotros tratábamos, a duras penas, de evitar que nos marcaran goles.

El encuentro se fue equilibrando y, pese a la presión contraria, logramos realizar un encuentro digno e inteligente. La poca brisa y el sol cada vez más quemante, aunado a que llevábamos pocos compañeros para realizar sustituciones, nos obligaban a un esfuerzo extraordinario que nos llevó hasta el pitazo final con un merecido empate.

En esta ocasión, justo es decirlo, la amabilidad y el cariño de los guanacastecos siempre estuvo presente.

De regreso a nuestro barrio, conviene destacar que la vida se desarrollaba dentro de una mezcla de familiaridad y de solidaridad. El problema de uno era el de todos. Momentos difíciles que experimentamos así lo ratifican. El grave accidente y fallecimiento de Rosemarie Sagot, el atropello de Claudio Ulloa y la muerte de seres queridos nos unían como una sola familia.

Aquí recuerdo, también, una hermosa costumbre que muy regularmente aplicaban doña Socorro Valverde, doña Carmen Poltronieri y mi madre doña Rosa. Cada vez que cocinaban alguna comida que consideraban exquisita se intercambiaban "un gallito". Asimismo, compartían remedios y alguna que otra receta y secreto culinario.

Los rezos del Niño fue otra de las tradiciones que siempre cultivaron nuestras familias. A partir de febrero arrancaban, que para nosotros, niños y aun adolescentes, se convertían en una cita automática. La mayoría era cantado, por lo que cuando los rezadores y los asistentes empezaban con el "ora pro nobis", nosotros nos alegrábamos porque estaba a punto de finalizar y empezaría la repartición de galletas, confites, refrescos, gallos, pasteles, helados y, para los grandes, cigarros, café, aguadulce, rompoppe y algunas bebidas más fuertes.

Las pozas la Crista, el Polvito, la Selva y el Raicero, todas en el cauce del río Torres, fueron, también, testigos de aventuras. Posiblemente, la mayor parte de mis amigos aprendieron a nadar en ellas.

Con aguas todavía sin contaminar, sobre todo las dos primeras, fueron sitios de trances difíciles en donde varios de los inquietos muchachos estuvieron a punto de ahogarse. Había que recorrer ya fuera hacia el este la finca del Asilo de los Incurables, o bien, río abajo del puente que une a Aranjuez con Guadalupe para llegar a ellas.

Era interesante escuchar a los asiduos bañistas contar sus exageradas experiencias. Varios de ellos debieron dejar sus calzoncillos en las orillas de las pozas para evitar ser descubiertos por sus padres luego de estas aventuras.

El nacimiento de dos parejas de gemelos en el barrio a la mitad de la década de los años cincuenta, fue todo un acontecimiento. Primero las gemelas Ulloa Gólcher, Elsa y Maritza; posteriormente, los Morales Bejarano, Jorge Arturo y Jorge Alberto.

En el caso de mis hermanos, recuerdo bien que llegaron a este mundo en la propia casa de doña María, una enfermera partera de pelo blanco y ojos celestes, de poco hablar pero amable y cariñosa, esposa del maestro Raúl Villalobos, hombre de más de un metro ochenta y cinco, un tanto distante y serio.

Es conveniente destacar, sobre este acontecimiento, que el doble parto en el caso de nuestra familia fue una verdadera sorpresa, ya que siempre mis padres creyeron que se trataba de un solo nuevo miembro, la partida doble elevó a nueve la prole.

Nunca podré olvidar la situación vivida por mi madre cuando mis compañeros de la escuela México visitaron la casa para conocer a mis nuevos hermanitos. La locura mía por su llegada me hacía pasar todo el día hablando de ellos, razón por la que invité a mi maestra junto al resto de los alumnos de la clase.

La invitación fue aceptada, y todavía me parece ver a los compañeros desfilar, en fila india, por el puente sobre el río Torres camino a mi hogar. Yo encabeza el grupo de la mano de la Niña quien llevaba un regalo para los recién nacidos.

No más llegados a la barbería, que ocupaba el primer cuarto de la casa, el primer sorprendido fue mi padre. Ver a cuarenta escolares dispuestos a conocer a los gemelos lo llenó de una mezcla de alegría y temor, por lo que de inmediato se fue a dar aviso a mamá de lo que se acercaba.

Bueno, el asunto se desbordó cuando todos en pandilla querían ver al mismo tiempo a los famosos gemelos de los que yo les comentaba. Con aquella fogosidad propia de la edad, el escaso espacio del cuarto donde estaba recuperándose apenas mi madre, los niños se subían a la cama, halaban la cuna, le pasaban por encima a mamá, corrían por toda la casa, jugaban con las sillas de la barbería, en fin, un caos que solo fue controlado cuando la Niña Nidia dio la orden de regresar a la escuela.

Durante muchos años viví con algún sentimiento de pesar por esta visita prematura de mis compañeros. En alguna ocasión cuando se lo comenté a mamá, se sonrió y me dijo con su semblante sereno y mirada dulce, ¡qué muchachos más inquietos!

La época de Navidad era particularmente hermosa en el barrio. La coronas que se colocaban en las ventanas, lo mismo que la confección de los portales y uno que otro árbol le brindaba un toque distinto a nuestras casas.

Eran también tiempos para empezar a cavilar sobre los encargos al Niño Dios y a Santa Claus. Reunidos en la esquina de la barbería, con alegría, hacíamos largas listas de los regalos y los juguetes que ansiábamos disfrutar.

La gran mayoría de los varones la encabezábamos con el uniforme de fútbol del equipo preferido, bola de fútbol, velocípedos, triciclos, *scooters*, y mecanos. Entre tanto, las niñas con los tradicionales juegos de cocina, suizas, sombrillas, bolas,



Nuevas construcciones aparecen hoy junto a antiguas casas que datan de las décadas de los años cuarenta, cincuenta y sesenta. Foto: J. Javier Morales O.

juegos de mesa y ropa. Gracias al esfuerzo de nuestros progenitores, algunas de nuestras peticiones se cumplían.

El chino Arguedas y el macho Rónald fueron los dos primeros amigos de la huelga que contaron con bicicleta en Nochebuena, posteriormente correspondió el turno a Rodolfo Ortiz, los Sáenz, los Ulloa, y a algunos otros más.

Así era nuestro querido barrio, testigo de mil travesuras, confidente de muchos secretos, compañero de aventuras y, particularmente, testigo de nuestro nacer y crecer.

El tiempo, ese reloj que no se detiene, fue marcando con su ritmo acompasado la ruta de nuestros destinos.

Varias familias lograron mejores condiciones económicas y trasladaron su residencia; otras, por necesidades de los hijos, lo abandonaron; al paso de algunos años, también nos tocó a nosotros tomar otro rumbo. Admito, que no fue fácil.

Allí quedaba lo más hermoso de la infancia, la adolescencia y años de nuestra juventud y, lo más importante, la gran mayoría de mis primeros amigos.

Creo que el hecho de que la barbería, el taller de mi padre, se mantuviera en el mismo sitio pocos años más, alivió en mucho el traslado de nuestra familia a Moravia.

Hoy, tantos años después, todavía, cuando ocasionalmente recorro sus calles, los recuerdos y la nostalgia embargan lo más profundo de mi ser.

Setiembre de 2009.